

Obreras y mal pagadas

Cada año, diez millones de mujeres se incorporan al mundo del trabajo

El número de mujeres trabajadoras ha aumentado en los últimos años en unos 100 millones, de 575 en 1975 a 675 millones en 1985. Por lo tanto, 10 millones de mujeres se incorporan anualmente al trabajo laboral y remunerado. Esta tendencia crecerá de 1985 al año 2000 y el aumento anual hasta ese período será hasta de trece millones.

En el informe de población se hace hincapié en la necesidad de una acción colectiva entre las mujeres, instrumento que aún no ha explotado con toda la eficacia, mediante sindicatos, cooperativas y diversas organizaciones femeninas surgidas en muchas partes del mundo en desarrollo, así como en la participación en el proceso de toma de decisiones, mejor forma para garantizar sus necesidades.

Se han conseguido diversos progresos en las tres metas impuestas por el Decenio de las Naciones Unidas para la mujer, según el informe: fomentar una auténtica igualdad entre la mujer y el hombre, garantizar la plena integración de la mujer como participante y beneficiaria del desarrollo, y potenciar el

aporte de la mujer a la promoción de la paz mundial.

Por otra parte, se señala que el ritmo del progreso es lento y desigual y en algunas ocasiones ha empeorado.

Aproximadamente los dos tercios de la fuerza laboral femenina de los países en desarrollo se dedican todavía a la agricultura, sector donde la pobreza es aguda y la situación de la mujer ha empeorado en muchos casos, a consecuencia de que cada vez hay menos tierras y los hombres parten a buscar trabajo en las zonas urbanas.

Por otra parte en las economías industrializadas de mercado cerca de los dos tercios de la fuerza laboral femenina trabajan en el sector de los servicios, un cuarto en la industria y menos de un

décimo en la agricultura, y en las economías industrializadas de planificación central las proporciones son de un quinto en la agricultura y el resto en la industria y los servicios.

La mayoría de las mujeres acceden, todavía, a empleos remunerados de faenas «femeninas» de escasa calificación, subalternas y mal pagadas, aunque la legislación sobre la discriminación de sexo se generaliza.

El informe precisa que la mujer tendrá que generar un cambio constructivo en su condición, deberá igualar su aporte económico al del hombre y cambiar sus actitudes frente a su función social, así como las actividades de la propia mujer para conquistar la plena igualdad laboral con el hombre.



La mayoría de las mujeres acceden todavía a empleos remunerados de faenas de escasa calificación, subalternas y mal pagadas.

Las costillas de Adán

REDACCION. Madrid

En el mundo hay más hombres que mujeres, a pesar de que la naturaleza ha dotado a la mujer de una mayor longevidad. En la actualidad el número de hombres supera en 20 millones al de mujeres. En relación con la población mundial —4.800 millones— esta diferencia es insignificante. Sin embargo, aunque las cifras sean relativamente pequeñas, cualquier variación en el equilibrio de los sexos revela grandes diferencias entre las condiciones sociales de los diferentes países y permite comprender mejor la situación particular de la mujer.

El panorama varía considerablemente de una región a otra. En Estados Unidos, la URSS y gran parte de Europa hay muchas más mujeres que hombres, mientras que en la mayoría de países de América Latina, África y Asia sudeste las proporciones están prácticamente equilibradas. Así pues, los hombres son amplia mayoría en la mayor parte de Asia y África septentrional.

Sin embargo, el desequilibrio de los sexos se debe en primera instancia a razones biológicas más que sociales, en el momento mismo de la concepción. En efecto, las mujeres conciben el doble de embriones masculinos, pero los embriones femeninos son más resistentes y logran superar con más éxito las condiciones adversas de la matriz.



La esperanza de vida de las mujeres se sitúa seis años por encima de la de los hombres. La naturaleza protege a las mujeres, pero la sociedad al hombre.

Así pues en el momento del nacimiento la proporción de varones es ligeramente superior en promedio, 105 varones por cada 100 niñas.

En los primeros momentos de vida las niñas continúan siendo más resistentes que los varones. En los países ricos las mujeres viven en promedio 6 años más: su esperanza de vida es de 78 años, en comparación con 72 años para los hombres. Sin embargo, en los países en desarrollo la situación es bastante más precaria. Una proporción increíblemente elevada de bebés —uno de cada diez—, mueren antes de cumplir su primer año de vida. Las hijas son valoradas según la ayuda doméstica que pueden prestar, pero desde el punto de vista doméstico su valor no alcanza al de sus hermanos. Con frecuencia no se espera que ganen dinero fuera del hogar. Y cuando encuentran

un trabajo remunerado, ganarán menos que un hombre.

En las familias pobres las necesidades particulares de las hijas reciben poca atención de salud.

Los obstáculos que deben afrontar las mujeres en el mundo en desarrollo no finalizan en el parto. Se supone que deben cocinar, y a menudo producir, el alimento para la familia, y realizar una amplia gama de tareas domésticas y cuidado de los hijos —lo que supone, a menudo, trabajar más que sus esposos—. En Java e Indonesia, por ejemplo, las mujeres trabajan un 20 por 100 más que los hombres. Por añadidura, las mujeres comienzan a trabajar a una edad más temprana. Todos estos factores se conjugan y terminan por anular las ventajas biológicas de la mujer.

PROFESION: SUS LABORES

SOLEDAD LOPEZ-LAGO

Vender en casa

Tiene más de moda que de necesidad. O las dos cosas juntas que casan muy bien. Es frecuente encontrar el cuarto de estar del ama de casa convertido en una trastienda donde se mezclan últimos modelos con la cartera del colegio o el armario de la niña repleto de ropa que no se debe tocar y menos manchar. Vender en casa ha desplazado a vender por las casas, aunque se oferten de puerta en puerta «Cuatro rollos, cien pesetas», según comentaba en reciente artículo José María Pagador.

El ama de casa anda a la cuarta pregunta, económicamente hablando, y no desprecia una comisión por chica que sea. Trajes, telas, plásticos, tapicerías, regalos, cristalería... vende todo lo vendible. Trabaja el doble —pierde más tiempo que vende— no puede moverse de casa «por si acaso» y para colmo —como en todos los negocios— alguien dejó una

cuenta sin pagar que puede ser la ruina.

Algunas de estas ventas domiciliarias están amenizadas por unas meriendas —presentación del producto a la que concurren amigas y vecinas. Suelen ser una encerrona pues te obliga —o crees estar obligada— a cargar con algún chisme de cuyas cualidades prácticas no dudamos pero que para nuestro sota, caballo y rey no nos sirve para nada.

A otro nivel, en ciudades más grandes, ha surgido otra actividad que atrae al ama de casa. Preparar comidas que se llevan a domicilio que van desde un simple menú de aniversario de bodas a cumpleaños y fiestas por todo lo alto. Son excelentes cocineras —de ahí el éxito del tinglado— que guisan y trabajan como negras. Lo que comenzó —posiblemente— como un entretenimiento se ha convertido en un negocio rentable pero agotador.

El ama de casa ve en

cualquier actividad hacer «algo distinto», salir de la rutina, conseguir unas ganancias extras que por lo general se destinan a satisfacer caprichos de los demás o se echan en la propia casa. En contadas ocasiones puede comprarse algo para ella misma aunque el dinero estuviera en un principio destinado a algo concreto, terminará por emplearse en el recibo del periódico, las zapatillas de la niña o el pantalón de deportes que lleva el chaval reclamando desde hace tiempo.

Del pequeño negocio en casa puede pasarse al local comercial a pie de calle. El ama de casa se complica aún más la vida. A la tarea diaria une sus obligaciones como socio del negocio. Dicen que están los tiempos malos para cualquier actividad comercial. Dejemos, pues, para tiempos mejores un negocio estupendo que tenía pensado.

DOMINICANA